

# En Pacocha y Lima: dos epístolas de Alberto del Solar durante la Guerra del Pacífico (1880-1881)

Patricio Ibarra Cifuentes<sup>1</sup>

Alberto del Solar fue uno de los miles de hombres que se enlistaron en los ejércitos que combatieron en la Guerra del Pacífico. Chilenos, peruanos y bolivianos dejaron sus vidas en suspenso para empuñar las armas y combatir en defensa de sus respectivas patrias, partiendo a enfrentar lo desconocido y sin certeza de lograr retornar con bien o no al terruño que los vio nacer.

En su periplo como soldado durante la Guerra del Pacífico, Del Solar, así como otros que estaban en posesión de los saberes de la lectura y la escritura, dejó registro de sus experiencias durante los años de conflicto, tanto en sus viajes por tierra o mar, el campamento, el entrenamiento, el esparcimiento, como en el campo de batalla. Cartas, diarios y memorias fueron los formatos en que se materializaron sus recuerdos, ideas y pareceres respecto de lo que les tocó en suerte vivir como primeros protagonistas del enfrentamiento de Chile contra el Perú y Bolivia, por la posesión de los ricos territorios salitreros de Antofagasta y Tarapacá.

Tanto el propio Del Solar, como sus camaradas y adversarios que escribieron cartas, diarios y memorias, constituyeron, parafraseando a Ángel Rama, una *campamento letrado* (Rama, 2004),<sup>2</sup> desde donde pusieron al corriente a sus seres queridos, y a través de la publicación de muchas de sus comunicaciones en los periódicos de la época a la opinión pública contemporánea, de sus problemas y preocupaciones.

Documentos personales como los mencionados dan cuenta de la profunda huella que los acontecimientos vividos, en torno a uno de los más importantes capítulos de la historia de los países involucrados, dejaron en cada sujeto. Asimismo, permiten acercarse a conocer contextos sumergidos

---

<sup>1</sup> Chileno. Programa de Doctorado en Historia de la Universidad de Chile - Centro de Estudios Históricos, Universidad Bernardo O'Higgins. E-mail: patricioibarrac@gmail.com – patricio.ibarra@ubo.cl

<sup>2</sup> Ángel Rama en su obra *La ciudad letrada* (2004), propone concebir el discurso escrito como una práctica realizada por los individuos para responder a determinadas demandas definidas por y hacia la sociedad. Esto presume la existencia de un grupo de productores y un público asociados a esta práctica, situados en un espacio y en un momento histórico determinado.

bajo el curso de los grandes eventos relacionados con la conducción política y militar de la guerra o las negociaciones diplomáticas, pues se trata fragmentos que, en la idea de Sergio González, "*tienen la importancia de poder ser la pieza clave de una realidad no develada*" (González, 2006: 16), transformándose además, en lo que Federico Lorenz denominó como "*instantáneas de las reacciones culturales a la experiencia de guerra*" (Lorenz, 2008: 113). En síntesis, estas fuentes permiten dar cuenta del fenómeno desde la perspectiva de sus protagonistas y, a partir de múltiples voces, reconstruirlo a escala humana.

De la misma manera esas vivencias de guerra, al igual que el resto de las experiencias humanas, cobran sentido al ser colocadas en relación con la experiencia de un fenómeno colectivo, en el caso de la Guerra del Pacífico, un conflicto vinculado a la consolidación de las instituciones del Estado Nacional chileno y la expansión de su territorio. Así entendidos, son una pieza de un engranaje mayor: la identificación y sacrificio por la consecución de un objetivo asociado a una causa superior (Sánchez, 2011: 227-228). Así, estos documentos toman también la forma de un relato de "coraje y resistencia" debido a las dificultades vividas; transmutando en ejemplos de supervivencia exitosa en medio de condiciones adversas donde se realzan la camaradería, la solidaridad y, en ocasiones, el respeto por los adversarios (Hynes, 1999: 217-220). Asimismo, en muchas oportunidades glorifican lo acaecido y cumplen con la misión de entregar información respecto de la guerra a los no combatientes (Stewart, 2005: 41-49). Así es como las memorias de los veteranos de guerra atraen poderosamente a las audiencias, tanto por el contenido intrínseco de su relato, testimonial y fáctico, por la emotividad, intimidad e identificación que puede alcanzarse (Lomsky-Feder, 2004: 5).

Igualmente, Samuel Hynes señaló que este tipo de testimonios dan cuenta de los hechos como cada individuo recordó "*su propia guerra*" (Hynes, 2009: 206). Aquello es transversal al fenómeno de los enfrentamientos armados. Por ejemplo, Eugene Sledge, veterano estadounidense de la Segunda Guerra Mundial que relató en su libro *With the old breed* su experiencia en las batallas de Peleliu y Okinawa, en la campaña del Pacífico contra el Japón, afirmó que "*Mi historia es personal. Relata lo que vi y lo que sé*" (Sledge, 2010: 319). Asimismo, Hynes agrega que esos documentos y las narrativas asociadas a ellos son de vital importancia para la "*creación de mitos de guerra*", que a su vez son un insumo fundamental para la construcción de la identidad nacional de los países y, por esa razón, son perpetuados en el tiempo por las sociedades, el Estado y sus dirigentes (Heynes, 2009: 207).

El autor de las dos cartas transcritas a continuación, Alberto del Solar, se enlistó como voluntario en el ejército a los 20 años, nació el 2 de octubre de 1859, luego del estallido de la Guerra del Pacífico (Del Solar, 1967). Hijo de

Domingo del Solar y Virginia Navarrete, para incorporarse a las fuerzas de tierra de la República, interrumpió los estudios de Humanidades que cursaba en el Instituto Nacional (Figuroa, Tomo III, 1901: 278). Ingresó a las filas del Regimiento Esmeralda en noviembre de 1879 e hizo la expedición al Perú y Bolivia como oficial, alcanzando el grado de capitán. Participó de las batallas de Tacna, San Juan, Chorrillos y Miraflores. Tras la ocupación chilena de Lima, materializada en enero de 1881, permaneció por algunos meses más en la milicia, retirándose definitivamente en noviembre, alcanzando a permanecer en la institución un año, once meses y tres días (AHE, Hojas de Servicio, Vol. 5, foja 130).



Alberto del Solar. Ilustración de Luis Fernando Rojas en Pedro Pablo Figuroa. *Diccionario biográfico de Chile*. Tomo III, 1901.

En 1885, con la guerra terminada y condecorado con dos medallas por su participación en ella y mientras permanecía en París, escribió su célebre *Diario de Campaña* editado al año siguiente en la misma ciudad, el cual fue elaborado a partir de sus notas y recuerdos de las acciones en las cuales le tocó en suerte vivir durante los años del conflicto de Chile contra el Perú

y Bolivia. En sus palabras, se trató de un ejercicio de remembranza de su experiencia bélica a partir de "*recuerdos vivos de hechos que fueron y que pasaron ya, dejando honda huella en mi espíritu*" (Del Solar, 1967: xiii). La obra tendría gran repercusión y se transformó en uno de los más completos y detallados testimonios de combatientes de la guerra de 1879.

Estando en Europa se desempeñó como diplomático. En 1886 fue nombrado adicto militar en España y más tarde se hizo cargo de la Legación en París. Durante su estadía en el Viejo Mundo, se dedicó también al oficio de las letras escribiendo para periódicos chilenos tales como *La Semana* y *La Patria* bajo el seudónimo de *Abel del Sorralto*. De la misma manera lo hizo para publicaciones europeas como *El Espectador*, *El Nuevo Mundo* y *La Revista Internacional*. Además se dio a la tarea de elaborar obras de más largo aliento, tales como *De Castilla a Andalucía*, un diario de sus viajes por España; *Huanchual*, una narración respecto a las costumbres de los araucanos, además de las novelas *Rastaquouere* y *Contra la marea*, entre otros escritos de diversa índole (Figueroa, P. Tomo III, 1901: 279-280). Tras su periplo europeo, se estableció en Buenos Aires donde continuó con su actividad intelectual hasta el último día de su vida, llegando a ser miembro correspondiente de la Real Academia Española además de ser galardonado con varios títulos y condecoraciones. Poco antes de morir, dio a la luz una recopilación de sus obras completas intituladas *Semper ad lucem* (Figueroa, V. Tomo V, 1931: 852). Falleció en la capital argentina el 9 de agosto de 1921 (Del Solar, 1967).

Las cartas transcritas a continuación son el testimonio vivo de la experiencia de muchos hombres comunes y corrientes que fueron protagonistas de la campaña al Perú y Bolivia. Allí se expresan muchos de los sentimientos y pareceres de Del Solar, respecto de las actividades que realizó, de lo que observó como testigo privilegiado de las operaciones del ejército chileno en su expedición al norte y de sus impresiones al respecto. La primera de ellas fue dirigida a su padre Domingo desde Pacocha el 12 de marzo de 1880, escrita a pocos días del desembarco de las tropas chilenas en ese puerto para iniciar la denominada campaña de Tacna y Arica, que culminaría con la ocupación de todo el departamento de Moquegua. Se trata de una misiva donde un bisoño Del Solar comentó a su progenitor sus primeras impresiones sirviendo en las filas del ejército, desde una perspectiva casi lúdica, donde relató el viaje por mar, el campamento, las enfermedades, el paraje y la sorpresa de encontrarse nuevamente con abundante vegetación, tras meses de vivir en la aridez de Antofagasta donde él y sus camaradas de armas entrenaron arduamente para convertirse poco a poco en soldados aptos para la lucha contra peruanos y bolivianos. La segunda esquela, firmada por Del Solar luego de sobrevivir a las batallas de Tacna (26-V-1880), San Juan y Chorrillos (13-I-1881), y finalmente Miraflores (15-I-1881), es la narración de su experiencia en combate, donde se aprecia un indisimulado orgullo

por observar y haber sido parte de las “*huestes vencedoras de Chile*” que conquistaron la “Ciudad de los Reyes”.

Ambas misivas vieron la luz en periódicos contemporáneos a la guerra. La primera en *El Censor* de San Felipe y la segunda en *Los Tiempos* de Santiago, a poco tiempo de producidos los hechos relatados, el 25 de marzo de 1880 y el 5 de febrero de 1881 respectivamente. Pese a tratarse de documentos personales escritos para la intimidad familiar, fueron publicados al ser facilitados por sus destinatarios, merced a su contenido y al interés de los respectivos editores de los medios por conseguir noticias frescas de la contienda que se desarrollaba a miles de kilómetros de sus redacciones. Sin embargo, estos documentos no pueden ser equiparados a las crónicas de los corresponsales que fueron enviados al frente de batalla por algunos rotativos, especialmente de Santiago y Valparaíso, pues se trata de relaciones personales que no fueron elaboradas *ex profeso* para ser conocidas por el gran público lector de los sucesos del conflicto.

En definitiva, es la guerra según la perspectiva personal de Alberto del Solar, fruto de la reflexión inmediata respecto de su experiencia vital en dos momentos de su campaña al Perú y Bolivia entre 1879 y 1881.

### Carta de Alberto del Solar a Domingo del Solar<sup>3</sup>

“Pacocha, marzo 12 de 1880.

Señor Domingo del Solar. San Felipe.

Mi querido papá:

En mi última carta fecha 7 del actual tuve apenas tiempo para comunicarle que de-embarcamos (sic) en este puerto el 25 próximo pasado sin encontrar en él un solo peruano.

La presente tiene por objeto referirle en pocas palabras los diversos acontecimientos que han tenido lugar desde mi salida de Pisagua hasta la fecha.

Abandonamos el campamento el 23 del próximo pasado y nos embarcamos inmediatamente. Al día siguiente a las 11 ½ A. M. en un convoy compuesto de 18 buques dejaba la rada de Pisagua y se dirigía majestuosamente hacia el Norte. Nosotros ocupábamos el vapor *Loa* que es cómodo y rápido. En la misma fila venían el *Amazonas*, *Itata* y *Magallanes*. A vanguardia (perdóneme esta expresión propia

---

<sup>3</sup> El Censor, San Felipe, 25 de marzo de 1880.

de soldado y muy poco marina por cierto) avanzaba el *Blanco* y a retaguardia los demás transportes. Cerraba la marcha el *Angamos* que con su magnífico cañón debía hacer más tarde tanto mal en Arica.

¡Había algo de imponente, papá, en ese movimiento! En efecto, 18 naves que surcan el mar (tranquilo entonces como taza de leche) lanzando negras columnas de humo por sus chimeneas; los atronadores vivas de 14 mil soldados, mezclados a los entusiastas acordes del Himno Nacional, la vista de los inmensos cerros que forman la costa peruana, todo esto produce en el alma una impresión difícil de explicar y que no se borra jamás.

Antes de dos horas perdimos de vista la bahía y al día siguiente cerca de las 10 A. M. estábamos a la vista de Pacocha. En esos momentos creció nuestro entusiasmo: todos nos preparábamos para un desembarque, al decir de algunos talvez sería resistido por las tropas peruanas que en tal caso harían la guarnición de esas playas.

Reunidos los oficiales sobre el puente dirigimos nuestras miradas hacia la costa esforzándonos por distinguir los objetos para cerciorarnos de la supuesta permanencia en ella de enemigos.

A las 12 M. el *Blanco* puso la señal de *fondear* y en el momento hicimos rumbo a tierra. Todos estábamos armados y la tropa lista con sus morrales llenos de balas y sus fusiles perfectamente aceitados. Comenzó el desembarque.

Cúpole a Martiniano Santa María la fortuna de ser el primero que bajó a tierra. A la cabeza de ochos soldados de su compañía avanzó a reconocer: llevaba dos banderas, una lacre y la otra verde con el especial encargo de hacer señales con la primera si se divisaba gente enemiga y con la segunda en el caso contrario: esto último sucedió.

Pocos momentos después todos pudimos ver a Martiniano que desde la cumbre de uno de los cerros movía la banderola verde. Nada teníamos que temer. Esto fue casi una mala noticia para muchos de nosotros que ya habíamos preparado el ánimo para recibir las impresiones de un combate. Una hora después tocábamos la playa y nos dirigíamos a nuestro nuevo campamento en el cual hasta hoy permanecemos.

El enemigo, según las noticias de personas más autorizadas, se encuentra muy cerca de nosotros, que en tal caso, iremos a atacarlo en sus propias trincheras. Las marchas en adelante serán largas y pesadas. Moquegua dista más de veinte y cinco leguas de este punto y el camino que a esa ciudad conduce es árido y arenoso: hay solo dos estaciones de por medio, los Estanques y Hospicio, pobres oasis en este ardiente y apartado desierto.

Hace dos días partieron dos cuerpos de la 3ª División y un batallón de la 1ª con el propósito de desembarcar en Mollendo, caleta ocupada,

según fidedignos datos, por mil hombres. Hasta este momento todos ignoramos el resultado de esta expedición y lo esperamos llenos de ansiedad por la suerte que pueden haber corrido nuestras fuerzas.

Nosotros partiremos muy pronto. Actualmente se trabaja en unir la línea que intencionalmente destruyeron los peruanos en su fuga. Tenemos listas dos locomotoras con sus respectivos carros de cargas los cuales nos servirán para trasladar víveres y equipajes.

Usted conocerá quizás de nombre el hermoso valle de Ilo que dista dos leguas al norte de este puerto. Ahí está la desembocadura del río del mismo nombre que riega una profunda quebrada en cuyo fondo la vegetación es riquísima. ¡Jamás comprenderá Ud. Papá, lo que es haber pasado, como yo, más de tres meses sin divisar una sola vez *lo verde!* Los que hemos nacido en el suelo privilegiado de Chile y nos hemos acostumbrado a vivir durante largos años en medio de la verdura respirando el aire embalsamado por las plantas, las flores y las hojas de los árboles, no sabemos apreciar mientras vivimos así el inmenso don que Dios nos ha dispensado al hacernos chilenos. Todo esto se lo digo por las impresiones que recibí hace dos días en un paseo que hice acompañado de mis amigos Joaquín Pinto, Florencio Baeza y Luis Ureta al famoso valle de Ilo, las cuales voy a comunicarle aquí en pocas palabras:

Montamos a caballo a las 11 A. M. y a las 12 ½ llegamos, siguiendo la orilla del mar, a la desembocadura del río que es en ese punto ancho y correntoso. De allí comenzamos a seguir el curso de éste internándonos en la quebrada cuyos dos costados son gigantescos cerros que, a la manera de murallas, están como cortados a pico; antes de dos o tres cuadras un grito de júbilo lanzado por todos nosotros nos convencía de que nos encontrábamos al frente de un frondoso bosque de floridos olivares ¡verdaderos árboles con troncos, ramas y hojas!... ¡Esto nos parecía un sueño!

¡Tanto tiempo sin divisar una hoja, un arbusto, nos había hecho delirar con bosques, jardines y extensos potreros y ese delirio era para nosotros algo imposible de ser convertido en realidad mientras permaneciéramos en estos tristes parajes! Echamos a correr a todo galope y una vez llegados al pie de los primeros árboles nos detuvimos debajo de sus ramas deleitados con la benéfica sombra que esta nos proporcionaba. No crea que esto es poesía; ni el que yo haya sido siempre decidido admirador de ella le manifieste ahora que me encuentro al escribirle dominado por ensueños que a veces degeneran en ridículos; no, papá, puedo asegurarle que Usted en mi lugar habría sentido lo que yo sentí ese día al divisar por primera vez después de cuatro meses algo que por fin, no era ni arena, ni caliche ni conchas de mar. Durante dos horas caminamos internándonos: a

cada instante topábamos con naranjos cagados de frutas, papayos, plátanos, granados, higueras, chirimoyos y multitud de otros exquisitos productos de este clima.

He leído últimamente en el *Nuevo Ferrocarril* un artículo de Benjamín Vicuña y recuerdo que en uno de sus trozos refiriéndose a los valles del Perú dice: “Los valles del Perú aseméjase a las cuevas encantadas de los cuentos de los niños: cúbrenlos flores gayas, dánle sombra árboles de deliciosa fruta y tapizando vegas de eterna verdura; pero debajo del follaje está la muerte”. En realidad, así como en Chile durante esa época en que reina la terrible epidemia *peste de viruelas* la gente toma sus precauciones para evitar esta mortal enfermedad a la vez que oye hablar de ella con terror y espanto, aquí cerca de los valles moqueguanos y precisamente por estos tiempos de vendimias se nombra con horror a la fatal *Terciana* que ataca a todo el viajero que pasa una noche bajo los árboles de los valles. Mil historias se oyen contar sobre estas tercianas.

A pesar de lo mucho que sobre ello habíamos oído hablar no pudimos resistir a la tentación de conocer el lecho del Ilo así es que, arrastrando las consecuencias de la funesta epidemia nos internamos más de tres leguas; pasamos el río cuatro veces: el agua nos llegaba a las rodillas y la corriente casi nos arrebatava. En nuestro camino encontramos multitud de cholos, familias enteras que viven de una manera salvaje alimentándose especialmente de jeovas y frutas y para quienes las tercianas no tienen dardos. Huían a nuestra vista y se ocultaban en sus miserables chozas.

Pudimos hablar con algunos de ellos y supimos que no debíamos permanecer en el valle hasta la puesta de sol, porque, si ésta nos sorprendía, nos exponíamos a ser heridos por la epidemia.

Conocí la planta que produce el algodón y la caña de azúcar; vi árboles inmensos que deben tener más de un siglo de edad; entre estos noté especialmente algunas gigantescas palmas que en su base miden hasta dos metros de diámetro.

Considero este bellissimo valle un Edén maldito al cual no puede entrarse sino con mucho tiento y a ciertas horas del día, porque de otra suerte el que se deja fascinar por sus encantos y permanezca en él una o más noches recibiendo sus venenosas exhalaciones es irremediabilmente herido de muerte.

Pidiéndole salude por mí con cariño a todos los amigos de esa, lo abraza su hijo que tanto lo quiere.

Alberto”.

## Carta de Alberto del Solar a Fidelis del Solar\*\*4

“Lima, enero 20 de 1881

Señor Fidelis P. del Solar.

Santiago.

Querido Tío:

Tengo la satisfacción de escribirle desde “La Ciudad de los Reyes” a donde hemos entrado hoy solamente después de haber vencido en las dos batallas más tremendas que se han librado en nuestro continente.

El 12 del actual a las cinco P. M. abandonamos nuestro campamento de Lurín y al amanecer del día siguiente emprendimos el ataque sobre las formidables posiciones del enemigo, atrincherado en número de veinte y tantos mil hombres, admirablemente, tras parapetos de esos de arena, zanjas y fosos. De nada sirvieron las minas y polvorazos, pues no lograron estorbar el avance y sin igual empuje de nuestros rotos que, después de 12 horas de combate, no solamente hicieron abandonar sus trincheras al enemigo, sino que obtuvieron el más espléndido triunfo que puede desearse. Se necesita haber contemplado desde lejos aquellas para formarse una idea de las dificultades sin cuenta que era preciso vencer para lograr este fin. La prolongadísima línea peruana estaba situada en la cima de un cordón de cerros que se extienden desde la población de Chorrillos formando un área de círculo hasta Monterrico chico, al este de Lima. Nosotros avanzábamos en dirección a ellos por una extensa pampa, especie de valle o, más propiamente dicho, planicie encajonada entre los cordones de montículos elevados y coronados cada uno de ellos por piezas de artillería de montaña. Fácilmente comprenderá Usted la inmensa ventaja del contrario que, así colocado, podría dirigirnos desde lo alto certeros disparos de cañón, metralla y fusilería.

A las seis de la mañana el combate era general en nuestra línea y el fuego vivo y nutrido. La primera división flanqueaba por nuestra izquierda, nosotros abarcábamos el centro y la tercera se ocupaba en desordenar y cortar la retirada por la derecha.

Inútil sería que yo pretendiese darle una idea del entusiasmo que reinaba en nuestras filas. El Buin, desplegado en guerrillas con el Esmeralda y Chillán, avanzaban con ligereza y orden admirable mientras los demás cuerpos de la división llenaban el vacío abierto en

---

4 *Los Tiempos*, Santiago, 5 de febrero de 1881.

ellas por los fuegos enemigos. Cuando los cholos cedieron el campo, la arenosa pampa por donde habían avanzado nuestras guerrillas quedaba cubierta de cadáveres.

A las 12 M. ya nos encontrábamos en la hacienda de San Juan ocupados en reorganizarnos para continuar persiguiendo al enemigo que se dirigía en desorden y despedazado hasta la población de Chorrillos. Allí el combate se trabó con nuevo furor y encarnizamiento. Cada casa era un parapeto tras el cual el contrario, fatigado y rendido, iba a buscar un refugio a su pánico y cobardía. No hubo cuartel: a las cinco P. M. el tiroteo había cesado por completo y, tanto los cerros como la población, se veían *tapizados* por un sinnúmero de cadáveres del enemigo que, vestido todo de blanco, semejaba la *mar gruesa* en el océano que multitud de pequeñas olas dibujaban llenas de espuma al quebrarse entre sí. Dos horas después una inmensa columna de fuego se elevaba hacia el cielo a la vez que un rojizo resplandor iluminaba una legua a la redonda este cuadro de devastación y muerte: ¡Chorrillos, el Versailles de los peruanos, era pasto de un voraz incendio! ¡Y la orgullosa Lima tras de sus minas y cañones y a la sombra del coloso de granito a que ha llamado San Cristóbal podía contemplarlo aterrorizada ante la expectativa de la suerte semejante que, quizás, le estaba reservada!...

Chorrillos, pintoresco puerto a las riberas de cuyo mar las bellas hijas del sol iban a descalzar su diminuto pie y desentrelazar sus perfumadas trenzas en la época de baños, ha sido durante largo tiempo, con justicia, el Edén de los limeños; sus calles espaciosas y rectas plantadas de árboles; sus suntuosos edificios acariciados por el dulce ambiente de artísticos y románticos jardines; el lujo y "chic" con que aquellos están amueblados, todo en fin, hacía de Chorrillos una joya de inestimable valor para sus poseedores ¡Y de tanta deslumbradora belleza no queda hoy más que uno que otro destello que se ve aparecer de cuando en cuando entre un montón de negros escombros!... El siguiente día (jueves había sido el día de la batalla) se pasó sin la mayor novedad. Se decía que don Isidoro Errázuriz había sido enviado a Lima con el objeto de intimar rendición de la ciudad. Al regresar este caballero se supo que Piérola aceptaba las consecuencias de una porfiada resistencia dentro de la capital. Desde ese momento solo se pensó en dejar todo perfectamente organizado para emprender el ataque a la mayor brevedad posible.

Al amanecer del día sábado, cuando ya todo estaba en orden completo se anunció la llegada de un tren que venía de Lima con bandera de parlamento. La expectativa de próximos arreglos trajo la ansiedad a nuestras filas. Hubo conferencias y los señores parlamentarios solicitaron para dar su respuesta un plazo de dieciséis horas durante las

cuales ambos ejércitos se concedían una tregua o armisticio, sagrado convenio que infamemente viciaron los enemigos pocos momentos de la manera siguiente:

A las dos de la tarde, más o menos, se hallaban los nuestros frente a Miraflores, estación intermedia entre Lima y Chorrillos. Ocupaban la primera línea los regimientos Santiago y Atacama y el batallón Navales, este último con pabellones armados y ocupado en acarrear agua. De súbito se oyó una descarga cerrada seguida de un vivísimo fuego graneado que desde los primeros instantes hizo numerosas bajas entre nuestros sorprendidos soldados. El enemigo, parapetado cobardemente tras una extensa y alta tapia, nos fusilaba terriblemente, haciendo asomar el cañón de sus rifles por troneras abiertas especialmente en el grueso muro que así les servía de inexpugnable trinchera. Nadie podía al principio explicarse este inesperado ataque, ya que el plazo del armisticio no debía expirar antes de las doce de la noche; pero, recobrados pronto de la admiración, tomamos la ofensiva y muy poco después el combate, aunque desventajoso por nuestra parte, se hizo general. Los admirables rotos no vacilaron en escalar las tapias para caer sobre el contrario a la vez que otros flanqueaban y combatían casi cuerpo a cuerpo. La escuadra por el sur hacía certeros disparos sobre las tropas peruanas que avanzaban por la costa en protección de los suyos y se batían al mismo tiempo con dos fuertes de "la punta" que le enviaban sus proyectiles.

El hospital de San Juan era custodiado desde el día anterior por una compañía del regimiento Esmeralda a cargo del capitán Florencio Baeza. Como viese éste que por el norte aparecía una fuerza de caballería enemiga con el interés manifiesto de atacar la ambulancia y, sin duda alguna, asesinar a los heridos que en número de seiscientos más o menos estaban allí aglomerados, hizo formar su pequeña fuerza, y desplegándola en guerrilla, le salió al encuentro. Se trabó un combate que dio por resultado la dispersión del enemigo que huyó hacia Lima, no sin dejar antes varios muertos en el campo y algunos prisioneros.

A las 6 P.M. todo había concluido y por segunda vez el campo quedaba nuestro. Piérola, a partir de ese momento, debía perder toda esperanza. No le quedaba otro recurso que escapar y así lo hizo. Antes de poco supimos que la capital había sido abandonada y que podíamos, en consecuencia, ocuparla pacíficamente. ¡El león que días antes nos amenazaba con destruirnos claramente había ido a buscar su salvación entre las sierras! Lima, la orgullosa y voluptuosa ciudad de los Incas, abatía su frente mustia y balbuceaba palabras de perdón en medio del llanto y lastimeros ayes [sic] de sus amedrentados hijos; el San Cristóbal, moderno Sebastopol que hasta entonces había dejado escuchar el ronco estampido de sus cañones de a mil,

enmudecía por entonces y a consecuencia de la próxima oscuridad de la noche ni aun le era dado proyectar su sombra protectora sobre la desordenada y abatida ciudad. Y al frente de todo esto las huestes vencedoras de Chile, iluminadas por la flagrante estrella de su patria, llenas de brío y entusiasmo, como siempre vigorosas, sonrientes de felicidad, esperaban solo la voz de su jefe para lanzarse sobre su presa y ultimarla en un instante!... Como si el Dios de los ejércitos hubiese tenido en esos momentos compasión de ella, un iris de paz. ¡Coincidencia extraña! Al ocultarse los últimos rayos del sol, apareció en el firmamento luciendo sus variados y dulces colores ante nuestra vista admirada. Ese hermoso arco, sublime símbolo de la alianza entre Dios y los hombres, apoyando uno de sus extremos en la ciudad vencida y el otro en Chorrillos incendiado, parecía decir: "¡Basta ya de matanza! ¡No más fuego y sangre, el vencido esta humillado; respetad su vida!..." Y así se hizo, y el chileno generoso contuvo su juicio encono y no avanzó más adelante.

El ejército acampó fuera de la ciudad y allí pasó la noche.

Actualmente nuestras tropas han sentado sus reales en los alrededores de Lima. En el interior de la población, magníficamente acuartelados, se encuentran varios cuerpos de la 1ª Brigada de la 2ª división y algunos de la 3ª. Otros han quedado a cargo del hospital establecido en la antigua "Escuela de Cabos", suntuoso edificio de Chorrillos y uno de los poquísimos que han escapado de las llamas.

Se está embarcando gran número de heridos para conducirlos al sur. Esta medida es muy conveniente a circunstancia que, con motivo de la aglomeración de cadáveres en los alrededores, la atmósfera comienza a corromperse de tal manera, que estamos expuestos a una epidemia de fatales consecuencias, tanto para los enfermos como para los sanos.

El armamento tomado al enemigo es valioso y considerable. Se estima en más de ciento el número de rifles Peabody y otros sistemas; municiones, equipo, caballos, mular, etc., etc.

El General ocupa con su Estado Mayor el Palacio de Gobierno de Lima, habiendo sido nombrado prefecto del Callao el coronel don Patricio Lynch, jefe de la primera división. La capital está ya tranquila y sus habitantes han perdido completamente el terror que les inspiraba la presencia de los *rotos bandidos*. Lejos de temerles, el día de nuestra entrada pedían se les auxiliara contra las depredaciones y saqueos cometidos por los cholos dispersos y chinos vagos que en inmenso número pululaban en las calles. Medidas acertadas han sido tomadas y a la fecha es creíble que no quedan muchos de los primeros ocultos en los arrabales que diariamente son prolijamente escudriñados hasta

en sus últimos rincones. En una palabra, la entrada de las tropas chilenas a Lima da al Perú una elocuente lección a la vez que manifiesta pruebas de lo que es un pueblo culto, moral y civilizado. ¡Que sea eso un cumplido *tapa boca* a la mordacidad del escritor Jaimes y digna consorte, a quienes me propongo desde luego hacer una visita cordial y amistosa! No me olvidaré de pedirles tengan la amabilidad de obsequiarme una colección de sus obras literarias, las cuales con gran placer remitiría a Usted, para su archivo.

El Callao ha sido ocupado, como antes dije, por la 1° División. Aún no sé si los cañones de las fortificaciones habrán sido inutilizados. Es creíble que ya hayan corrido a la de los buques. A pesar de haber sido incendiada la *Unión*, hay aquí conciencia de que este buque puede restaurarse y dejarle útil, como sucedió con la *Pilcomayo*. Nada exacto sobre este punto puedo comunicarle porque aún no me ha sido posible ir al puerto. En mi próxima seré más prolijo en detalle.

Nuestro regimiento ha tenido más de 200 bajas. Se calculan en cinco mil las de todo el ejército.

Entiendo que ya se está confeccionando el parte oficial del General en Jefe, que debe ser extenso y luminoso en punto a detalles.

Sin más por ahora tiene un gesto: abrazarlo cordialmente su sobrino afectísimo.

Alberto del Solar”.

## Referencias bibliográficas

### Fuentes primarias

#### a) Documentales

Archivo Histórico del Ejército (AHE). Hojas de Servicio. Vol. 5.

#### b) Publicaciones periódicas

*El Censor*, San Felipe, 1880.

*Los Tiempos*, Santiago, 1881.

#### c) Impresos

Del Solar, A. (1967). *Diario de Campaña*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Francisco de Aguirre.

## Fuentes secundarias

Figueroa, P. (1901). Diccionario biográfico de Chile. Tomo III. Santiago: Imprenta, Litografía y Encuadernación Barcelona.

Figueroa, V. (1931). *Diccionario histórico, biográfico y bibliográfico de Chile*. Tomo V. Santiago: Establecimientos Gráficos Balcells & Co.

González, S. (2006). Pampa escrita. Cartas y fragmentos del desierto salitrero. Santiago, Universidad Arturo Prat, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana.

Lomsky-Feder, E. (2004). "Life stories, war, and veterans: on the social distribution of memories", en *Ethos*, 32 (1), pp. 1 – 28.

Lorenz, F. (2008). "Es hora que sepan". La correspondencia de la guerra de Malvinas: otra mirada sobre la experiencia bélica de 1982", en *Páginas*, nº 1, pp. 111-129.

Hynes, S. (1999). "Personal narratives and commemoration", en Jay Winter y Emmanuel Sivan (Compiladores), *War and remembrance in twentieth century*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 205-220.

Rama, A. (2004). La ciudad letrada, Santiago: Tajarar Editores.

Sánchez, J. (2011). "La literatura testimonial española y la experiencia de los campos de internamiento franceses: una aproximación al corpus", en *Castilla. Estudios de literatura*, No. 2, pp. 215-232.

Sledge, E. (2010). *With the old breed. At Peleliu and Okinawa*. New York: Ballantine Books.

Stewart, V. (2005). "'War memoirs of the dead': writing and remembrance in the First World War", en *Literature & History*, third series 14 /2, pp. 37-52.